

## La sociología que perdió al mundo: notas sobre algunas consecuencias ontológicas del cambio de siglo

Hugo Sir\*

### RESUMEN

En el presente artículo abordaremos, en clave ontológica, una serie de consecuencias surgidas de diagnósticos teóricos ampliamente difundidos por las propias ciencias sociales. El objetivo será potenciar ciertas zonas de reflexión teórica, particularmente el vínculo entre sociología y las ciencias sociales en general, con aquello que se define como movimientos sociales. En primer lugar, problematizaremos la noción de mundo a la luz de las consecuencias del fenómeno de globalización, es decir, de la producción del globo. En segundo lugar, nos acercaremos a los acontecimientos históricos —y a algunas de sus lecturas— que, por la misma época, impactaron en Latinoamérica y afectaron particularmente a Chile. En una tercera instancia, abordaremos dos dimensiones donde las conclusiones teóricas instan a pensar en consecuencias ontológicas respecto a los objetos sociológicos en virtud de los acontecimientos históricos locales y globales. Finalmente, abordaremos cómo la modificación de la manera en que se comprende el objeto de la sociología, que automáticamente se asume como la sociedad, puede impactar en el modo en que se piensa y actúa en relación con los procesos de politización.

**PALABRAS CLAVE:** Ciencias sociales, cambio de siglo, globalización, movimientos sociales.

### The sociology that lost the world: a reflection on some ontological consequences of the turn of the century

### ABSTRACT

This article stresses a series of sociological consequences that can be read from an ontological perspective. These consequences are related to several diagnoses made within the social sciences themselves. The objective is to strengthen certain areas of theoretical reflection, particularly the link between social sciences in general, with what is defined as social movements. The article begins by problematizing the notion of the world in light of the consequences of the phenomenon of globalization, that is, of the production of the globe. Secondly, it approaches the historical events —and some of its readings— that, by the same time, impacted Latin America and particularly Chile. In a third instance, the paper focuses on two dimensions through which theoretical conclusions urge to think about ontological consequences with

---

\* Sociólogo Universidad Alberto Hurtado, magíster y doctorando en Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Investigador Laboratorio en Prácticas Sociales y Subjetividad, Universidad de Chile (LaPSoS). Agradezco profundamente al Laboratorio Transdisciplinar en Prácticas Sociales y Subjetividad (LaPSoS) de la Universidad de Chile, al Grupo de Estudios PK Feyerabend, y al colectivo Vitrina Dystópica, por todas las reflexiones colectivas que posibilitan la escritura.

✉ hugo.sir.r@gmail.com

Recibido septiembre 2017 / Aceptado noviembre 2017

Disponible en: [www.economiaypolitica.cl](http://www.economiaypolitica.cl)

respect to sociological objects, by virtue of local and global historical events. Finally, the article analyses how the modification of the way we understand the object of sociology, which almost automatically is assumed as society itself, have an impact on the way in which we think the relationship between sociology and the processes of politicization.

KEY WORDS: Social sciences, turn of century, globalization, social movements.

**E**n *La recomposición de la triple vocación de la ciencia social en América Latina*, Garretón (2015a) realiza una interesante aproximación comparativa entre dos estados de cosas, tanto en las ciencias sociales, como en el mundo y, sobre todo, en la relación entre estos. En los 50 y 60, señala, “se sabía a qué mundo nos enfrentábamos y qué mundo queríamos cambiar, pero no sabíamos qué éramos como científicos sociales” (Garretón 2015a). En lo que se signa como actualidad, por cierto, las cosas serán diametralmente opuestas. Lo que implica que la gran mayoría de los sociólogos y científicos sociales saben o conocen bien su oficio y poseen gran destreza, a veces con cierta obsesión, en el uso de las técnicas y herramientas metodológicas para el análisis de problemas específicos, para escrutar la realidad y para hacer diagnósticos. Pero no sabemos en qué mundo estamos (Garretón 2015a).

La actualidad de la que hablamos corresponde a lo que sigue tras el movimiento iniciado en los años 70, y que termina de adquirir cierta forma tras las consecuencias del atentado de 2001 a las Torres Gemelas en EEUU (Dubet y Martuccelli 2001; Brossat 2008; Araujo y Martuccelli 2012; Garretón 2015a y 2015b). Una amplia tradición histórica, sociológica y filosófica anunciará o verá, en este largo cambio de siglo, transformaciones radicales para el modo en que comprendemos —y vivimos— “esto” que habitamos junto a otros, tanto en los países del antiguo primer mundo (Baudrillard 1983; Giddens 1993; Castells 1997; Touraine 1997; Harvey 2007; Corcuff 2013 y Llorey 2016), como en el contexto latinoamericano (Calderón 2004; Castro-Gómez 2010; Domingues 2015 y Garretón 2015b). Sostendremos que estas modificaciones descritas —y las propias descripciones— hacen estallar objetos sociológicos fundamentales para el modo en que la propia sociología se entiende a sí misma, dejándola por supuesto perpleja,

imposibilitada de vincular a sus potenciales críticos con su inserción académica o laboral, sin que ese potencial crítico se desmienta a sí mismo (Latour 2013; Garretón 2015a). Especialmente perjudicial de cara a acercarse a los procesos de movilización o transformación social (Garretón 2014), obliga a replantearse la relación entre ciencias sociales y mundo. La ampliamente reconocida subteorización sociológica existente en Chile y, en general, en la región (Mascareño 2009; Garretón 2015a; Domingues 2015) se presta para un intento, por una serie de perspectivas de teoría social o sustantiva, de reconducir hacia claves de lectura conocidas aquellos objetos sociológicos —y quizás sociales— estallados, a pesar de todas las evidencias en su contra (López-Petit 2009).

Quisiéramos exponer una serie de consecuencias que cabe leer en una dimensión ontológica, que emerge de los diagnósticos teóricos de las propias ciencias sociales. El objetivo será potenciar ciertas zonas de reflexión teórica, particularmente el vínculo de la sociología y las ciencias sociales en general, con aquello que se define como movimientos sociales. En primer lugar, problematizaremos la noción de mundo a la luz de las consecuencias del fenómeno de globalización. Este primer apartado general definirá el piso pantanoso por el que se moverá nuestra reflexión. En segundo lugar, nos acercaremos a los acontecimientos históricos —y a algunas de sus lecturas— que, por la misma época, impactaron la región y particularmente a Chile. En una tercera instancia, abordaremos dos momentos en que las conclusiones teóricas instan a pensar en consecuencias ontológicas respecto de los objetos sociológicos, en virtud de los acontecimientos históricos locales y globales (la doctrina práctica del neoliberalismo y la matriz desgarrada). Finalmente, abordaremos la manera en que la modificación de la forma en que se comprende aquello que es el objeto de la sociología (que casi automáticamente se asume como la sociedad) puede impactar en el modo en que se piensa y se actúa en relación con los procesos de politización (con o sin sujeto objetivamente predicable).

### **1. La historia se acabó. El mundo ha muerto, ¡viva el globo!**

En medio de ese largo proceso de cambio de siglo, Francis Fukuyama escribió que se había alcanzado el fin de la historia (1992). Iniciando la

década de los 90 y a lo largo de esta, se nos señalaba que algo radical había sucedido respecto a categorías fundamentales de nuestra (auto) comprensión: tiempo, espacio, historia (Giddens 1993; Castells 1997; Touraine 1997; Beck 2001; Castel 2002; Garretón 2015b). Y fue a comienzos del nuevo milenio que el mismísimo Fukuyama (2004) debió aclarar qué había querido decir con *fin de la historia*. Su respuesta matiza que no había querido decir algo improbable o absurdo, sino que lo que se acababa era la historia tal como había sido contada desde el cómodo inicio que las ciencias sociales le daban a la época que habitaban: la de las revoluciones industriales y políticas que nos prometían la modernidad como si fuera una sustancia con la cual debíamos coincidir (Castro-Gómez 2010 y Garretón 2015b). Claro que Fukuyama, expresando el credo de los vencedores, insistía en que ese relato se había acabado, porque nadie imagina ya que una forma de vida distinta a la propuesta por la democracia formalmente liberal, así como por el liberalismo económico formalmente social, pueda ofrecer soluciones a los problemas de la propia modernidad (PNUD 1998; Fukuyama 2004; Mascareño 2009). Lo que realmente parece indicar el enunciado de Fukuyama es que lo que terminó es la capacidad de proyectar un mundo.

Cabría, entonces, tomarse en serio la relación entre ciencias sociales y mundo. Muy esquemáticamente, desde un punto de vista antropológico, biológico y filosófico, el mundo puede entenderse como aquello abierto que diferencia al animal humano de otros animales completamente adaptados a su entorno inmediato o *umwelt*, frente al que no reaccionamos sino en base a nuestra capacidad de afectarnos (Agamben 1998; Mascareño 2009; Sokol 2009; Lemm 2010; Virno 2013). En último término, esto hace que incluso aquello indeterminado sea accesible únicamente en base a nuestra propia capacidad de afectación (Lemm 2010) o con base en nuestras propias distinciones (Mascareño 2009). Es decir que, desde este punto de vista, el mundo, aquello indeterminado, abierto, esa repartición de fuerzas que obliga siempre a nuevas modificaciones, es también una proyección del animal humano (Lemm 2010; Virno 2013; Marazzi 2014). Lo cual no quiere decir que no haya materialidad, sino que nunca tenemos acceso a la cosa en sí misma (Lemm 2010). En este sentido, si en algún momento la ciencia social o la sociología en específico parecían entender

qué mundo estaban tratando es precisamente porque participaban de un proyecto.

Independiente de las tonalidades específicas, la ciencia social, incluso la crítica, a lo largo del siglo XX participaba de un movimiento hacia adelante que a veces parecía más inexorable y otras más manejable<sup>1</sup>. Y es posible sostener que aquel movimiento y la forma de la sociedad que moldeó se sostienen en una premisa que los acontecimientos de las últimas décadas han puesto seriamente en duda: que emancipación y desarrollo (económico) se requieren mutuamente (Calderón 2004; Sader 2008; Domingues 2015). Lo que trae como corolario que aquello que, desde las ciencias sociales, aparecía como el mundo, era la proyección, precisamente, del proyecto que veía en la vinculación estrecha de emancipación, desarrollo y capacidad de construirlo.

Castells (1997) señala, a propósito de las modificaciones de la importancia de la información para la economía, de la red para la organización y de las comunicaciones en general para el espacio-tiempo, que la globalización genera una discontinuidad histórica (Castells 1997). Si bien estas declaraciones hechas en medio del cambio de siglo pueden llegar a sonar fuera de lugar, sobre todo a la luz de un determinismo tecnológico del que justamente se le ha acusado (Rendueles 2013) conviene, dada la acumulación de evidencias, tomarse en serio el postulado de la discontinuidad que analizaremos brevemente respecto a cuatro dimensiones: el problema ecológico, el problema financiero, el problema comunicativo y el problema subjetivo.

### **1.1 El problema ecológico. Piedra de toque del vínculo emancipación-desarrollo**

A fines de los años 60, se dio a conocer un informe titulado *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad* (Meadows et al. 1972) que en un tono catastrofista buscaba señalar que, de mantenerse el nivel de industrialización, contaminación ambiental, producción de alimentos y agotamiento de los recursos naturales, el mundo alcanzaría los límites de su crecimiento en no más de 100 años. Intentaba volver a implantar una pregunta que la

---

<sup>1</sup> Algo claro respecto al inagotable debate “agencia/estructura” (Archer 2009) pero también respecto a la crítica de ese proceso (Corcuff 2013).

economía neoclásica buscaba por todos los medios aniquilar: ¿es posible el crecimiento infinito en un mundo finito? La crisis del petróleo de los años 70 llevó, por su parte, a experimentar las limitantes de un crecimiento atado a la producción material (Harvey 2007). Este tipo de constataciones, cada vez más relevantes a lo largo del cambio de siglo, tienen, al menos, dos series de consecuencias: por una parte, el problema ambiental innegable a partir de esa década, que tendrá que ser procesado, siendo leído en la clave del riesgo (Beck 2000; Luhmann 2006); y, por otra, implicará diversas y heterogéneas iniciativas para separar cuanto sea posible la producción de valor, de la utilización de materias primas, ya no fundamentalmente a través de la forma del reemplazo de un material natural por uno artificial, como todos los derivados del petróleo, sino mediante la financiarización de la economía (Harvey 2007; Castro-Gómez 2010; Lazzarato 2013).

El primer movimiento, el medio ambiente como riesgo, supondrá la disposición de una diáspora de dispositivos para medir y controlar el daño sobre el entorno, que se tenderá a considerar cada vez más irreparable.

En 2012 se publicó un informe de la WWF<sup>2</sup> que, por primera vez, demostró con datos globales que la tierra demora 1.5 años en recuperar lo que gastamos y contaminamos vía CO<sub>2</sub>, señalando que desde 2008 los humanos utilizan el equivalente a 1 tierra y media para soportar sus actividades. Asimismo, señala que, si todos viviésemos como un norteamericano común, serían necesarias 4 tierras (WWF 2012). Lo que implica que aquella vida que se tenía como meta es, simplemente, no susceptible de universalizar al menos dentro de nuestro planeta. Es decir que el simple desarrollo económico y la habitabilidad de la tierra se excluyen o que, al menos, uno funciona en desmedro del otro. El segundo movimiento, la presión a la financiarización, implica que, incluso esto, puede ser rentable.

## 1.2 El problema financiero

Si hay una característica que ha sido reiteradamente señalada como propia de nuestra actualidad, esa es la economía financiera (Castells

<sup>2</sup> Las siglas en inglés del Foro Mundial para la Naturaleza.

1997; Castel 2002; Castro-Gómez 2010; Fumagalli 2010; Mascareño 2013; Marazzi 2014; Garretón 2015b). En ella confluyen una serie de tendencias de larga data (Preda 2009). Flujos que se encuentran y se anudan de una forma particular en este nuevo tipo social (Deleuze 2005).

Ciertamente, la novedad histórica no pasa por la existencia de las finanzas, sino por la posición que asume respecto a la vida de los individuos (Moulian 2001; Garretón et al. 2004; Mezzadra 2005; Marazzi 2014). Por una parte, la economía financiera es la realización de lo globalizado, fundamentalmente desde la integración global en 1980 de los mercados financieros (Castells 1997). Por otra, esta brinda la posibilidad de mercantilizar diferentes aspectos, anteriormente resguardados del lucro y la competencia (PNUD 1998, 2002; Mayol et al. 2013). Fundamentales serán los ahorros previsionales, pues implican un punto de encuentro, especialmente significativo, entre las vidas cotidianas y los mercados financieros globales (Preda 2009) instalando la deuda, corazón del sistema financiero, en medio de las posibilidades de existencia. Como resultado, adeudamos de antemano nuestra propia posibilidad de supervivencia futura y luego debemos cuidar los mercados financieros para que nuestra deuda-ahorro no se vea drásticamente mermada por los no tan aleatorios azares de las inversiones, particularmente sensibles a las incertezas jurídicas e inestabilidades políticas, que la sola reivindicación de derechos ya desata (Moulian 2001; Castro-Gómez 2010; Lazzarato 2013).

La deuda, manejada a través de las finanzas, puede convertir todo en mercancía: educación, trabajo, pensión, salud, felicidad, la crisis medioambiental, etc. (Araujo y Martuccelli 2012; Mascareño 2013; Mayol et al. 2013; Lazzarato 2013) y es, dada las características de la especulación, a la vez una forma de gobernar el futuro, un mecanismo de disciplinamiento y un principio de jerarquización simbólico (Castro-Gómez 2010; Lazzarato 2013; Mayol et al. 2013). El éxito en ambas dimensiones descansa en la posibilidad de desanclar las comunicaciones de sus entornos locales, al menos entre los ámbitos de toma de decisiones y realización del valor (Castells 1997; Fumagalli 2010; Lazzarato 2013).

### 1.3 El problema comunicativo

Bastaría con señalar, por el momento, que el desanclaje temporal-espacial que la economía financiera propicia transforma radicalmente los horizontes comunicativos, pues se anuda a las transformaciones en las tecnologías de información y comunicación. Así, ideas como “aldea global” o “sociedad global” pueden ser concebidas (Giddens 1993; Garretón 2015b; Luhmann 2006). Más allá de su debatible factibilidad empírica, estos conceptos designan un problema comunicativo y político.

Dado que los entornos de decisión han sido brutalmente impactados por las transformaciones espacio-temporales que emergen en las últimas décadas, se hace muy difícil tanto sostener la primacía de la palabra hablada y presencial, como asegurar que ese sistema o subsistema político relativamente autónomo pueda seguir sosteniéndose como tal. Puesto que esa forma de relacionarse, propia de la matriz de la cual el mundo y Chile salió (Dubet y Martuccelli 2001; Garretón 2015b), suponía que las decisiones que tomaban ciudadanos informados, a partir de los discursos locales de interpretación de la realidad, se expresasen en los contextos a su vez locales. Es decir, oblitera la posibilidad de que la rapidez y la fluidez de las informaciones y comunicaciones pueda desplazar al discurso formulado localmente produciendo alta desmotivación respecto a los candidatos (Berardi 2007); y a la vez, que las influencias desterritorializadas de las finanzas o de la economía de la deuda influyan radicalmente e incluso impidan —como en Grecia— lo que soberanamente se había decidido (Calderón 2004; Ocampo 2004; Lazzarato 2013). Dado este problema, la globalización misma ha podido ser comprendida como un problema técnico, antes que una dimensión para disputas políticas.

### 1.4 El problema subjetivo

Que las transformaciones acaecidas en las últimas décadas hayan dado pie a una vuelta sobre lo individual, es un postulado ampliamente aceptado. Todo parece suceder como si el proceso de globalización, que ha venido a suplantar la posibilidad de un mundo como proyecto colectivo, diera paso a un repliegue sobre los individuos (Castel 2001;

Dubet y Martuccelli 2001; Araujo y Martuccelli 2012; Corcuff 2013). Sin embargo, se trataría de individuos que no son exactamente sujetos (Castel 2001) y, mucho menos, sujetos políticos en el sentido clásico (Garretón 2014). Otros principios de identificación estarían presentes, pero adeudando el adecuado establecimiento de los principios de identidad, alteridad y totalidad, sin los cuales no habría sujeto propiamente tal (Garretón 2014). No obstante, es factible plantear la pregunta respecto a si es deseable seguir comprendiendo las fuerzas sociales de transformación únicamente a la luz de la matriz tradicional de un Sujeto, cerrado, completo, o si al sustancializar, no se pierde algo fundamental de la recomposición de los objetos sociológicos —y quizás sociales— estallados. En ese sentido, convendría profundizar en el problema subjetivo, no buscando reencontrar aquellas características que estarían ahora perdidas, sino constatando aquello que efectivamente es susceptible de hallarse en nuestros contextos locales y globales.

## 2. Problemas propios, debilidades teóricas

Es obvio, y por tanto poco novedoso, que todo el ámbito de problemas brevemente descrito en el apartado anterior afecta también a Latinoamérica y a Chile. Lo interesante es que las posiciones de Latinoamérica, y de Chile en particular, pueden resultar estratégicas para la comprensión de transformaciones de más largo alcance (Harvey 2007; Gárate 2012; Hardy 2014).

### 2.1 Reificación de la modernidad

Habrían, por lo menos, dos formas de entender el problema de la relación entre América Latina y la Modernidad, que terminarían por reificarla. Por un lado, las teorías de la modernización que ven, de una u otra forma, a la Modernidad como algo a alcanzar, con todo el componente civilizatorio y subordinado que ello implica (Domingues 2015). Por otro, teorías que, desde perspectivas decoloniales o poscoloniales, critican la Modernidad como un todo, exagerando la alteridad respecto a la autocomprensión occidental (Domingues 2015; Garretón 2015b). El pecado compartido sería justamente la comprensión de la

Modernidad como un producto cerrado sobre sí mismo, desconectado de las condiciones que, precisamente, le dan origen, sea en la versión deseante, o en la versión que la asociará irrefutablemente a un poder colonial y, por tanto, a la opresión.

Se olvidaría, entonces, una dialéctica entre emancipación y coerción; y la importancia que la antigua periferia tiene para la auto-comprensión de la Modernidad implica que, o bien las sociedades latinoamericanas siempre han sido “otra cosa” (es decir, ni modernas ni tradicionales), o bien que no hay algo así como una Modernidad, sino *modernidades* (Garretón 2015b) o una Modernidad global híbrida (Domingues 2015). No obstante, es posible constatar que existen debilidades teóricas para conectar las teorías de alcance medio, que sostienen las tesis de la hibridación concreta y las modernidades múltiples, con teorías sociológicas de mayor nivel de abstracción. Esta desconexión dificulta que se pueda dar cuenta de las consecuencias, no tan solo epistemológicas, sino ontológicas de las transformaciones (Garretón 2014; Domingues 2015). Quisiéramos realizar, al respecto, solo un desplazamiento que luego retomaremos: es posible pensar estas modernidades múltiples e híbridas como elementos de fractalización, en el sentido de una globalización estriada. Es decir, las antiguas grandes separaciones, como Norte y Sur, o Centro y Periferia, no solo han sido mal comprendidas, sino que han mutado, en razón de la mercantilización generalizada que incluye al mercado del trabajo y la financiarización del mundo que transforma las geografías globales (Mezzadra 2005; Marazzi 2014). Esto no solo implica versiones diferentes de procesos globales, sino la multiplicación de zonas de oposición, abismos entre inmunizados y expuestos, por ejemplo, que se reproducen en diferentes lugares del mundo (Brossat 2008). Esto no implica la construcción de un solo mundo; más bien, implica la difusión y la desterritorialización de las oposiciones, afectando todos los componentes de la antigua matriz sociopolítica y sus relaciones. En otras palabras, se multiplican los escenarios de lucha, con la consiguiente modificación de aquello que puede ser entendido como política y de la idoneidad que los sujetos políticos clásicos puedan tener para hacer frente a la multiplicidad/simultaneidad de niveles de enfrentamiento.

## 2.2 La gran transformación

Una pista respecto de lo anterior la proporciona el lugar dentro del devenir de las estructuras político-económicas que tiene la aplicación de medidas de corte monetaristas-neoclásicas en el Chile dictatorial (1973-1989). La forma tradicional de comprensión de la relación Modernidad y Sur señalaba, por ejemplo, que ciertos acontecimientos que ocurrían en Europa o Estados Unidos aún no ocurrían en Chile o aún no ocurrían del todo<sup>3</sup>. Sin embargo, la temprana entrada de las medidas liberalizadoras y mercantilizadoras, de mano de los Chicago Boys (Moulian 2001; Harvey 2007; Gárate 2012), marcará una diferencia de relevantes consecuencias teóricas.

Si bien el Estado chileno podía ser caracterizado largamente como atravesado por intereses de élites (Jocely-Holt 1997), es decir, construido y conceptualizado desde estas (Góngora 1981), durante la primera mitad del siglo XX la participación de los trabajadores en la vida política aumenta decididamente, convirtiéndolos en *verdaderos* sujetos históricos (Grez 2005), sentando las bases para poder conceptualizar aquella matriz como nacional-popular.

Esta matriz estaría caracterizada por una gran homogeneidad en sus distintos componentes (obviamente se trata aquí de tipos ideales). El Estado es la figura central. Al punto que el resto de los componentes de la matriz están de cierta manera fusionados. Es este el principal agente económico del desarrollo y las identidades nacionales tienden a ser fuertes. La unidad política es también unidad epistemológica, en la medida que los sujetos se entienden a sí mismos, en sus individualidades y como parte del colectivo, a partir de su identificación nacional, pero no sólo en un sentido mitológico, es decir, como unidos en la nación, sino como parte de las iniciativas económicas y políticas que se emprenden desde el Estado. Así, los actores se constituyen principalmente a partir del trabajo, la producción, la pertenencia a una clase y a un determinado sector político. El proyecto es unitario y omniabarcador; la modernidad que se debe alcanzar se apoya en un ideal de modernización bastante exclusivo, en donde la industrialización es su principal elemento, la que se logra a través del modelo de sustitución de importaciones, que tiene

<sup>3</sup> La idea de una democracia incompleta (Garretón 2013; PNUD 2014) recuerda extrañamente a esa idea.

su principal gestor precisamente en un Estado capaz de planificar y de emprender a través de sus estructuras los pasos necesarios para modernizar la sociedad (Grez 2005; Garretón 2015b).

Tan solo en Chile en 1973, el Estado controlaba alrededor de 300 empresas. Lo estatal se confunde con la esfera pública (Cunill 1997). Esta se subsume en el aparataje estatal, como elemento aglutinador y centro sobre el cual giran los diversos agentes. Entre lo propiamente estatal y los colectivos de la sociedad civil es escasa la mediación; de ahí que se hable de una fusión de los componentes. Esto provoca colisiones entre las expectativas de participación generadas por la “falacia de la circunscripción de lo público en la esfera estatal” (Cunill 1997) y las posibilidades reales de incidir de manera práctica en las políticas que se enfrentan también a un contexto mundial crecientemente desfavorable a las medidas que benefician al trabajo en desmedro del capital (French-Davis 2004). Esto tiende a generar problemas económicos internos y polarización ideológica en el seno del Estado, la cual desencadena la complicidad entre las clases dominantes nacionales e internacionales, expresándose en el golpe militar que transformará violentamente la matriz sociopolítica de Chile.

Sin embargo, estas tempranas, violentas y traumáticas transformaciones ponen en evidencia el estrecho vínculo entre capitalismo y violencia, esto es, la relación de exterioridad entre capitalismo y democracia (Castro-Gómez 2010). Y es respecto a esto que la conocida gran transformación que vive el país adquiere una relevancia particular como anunciando lo que implicará la presión financiera a la globalización para los “otros mundos posibles” (Harvey 2007; Gárate 2012). Esta exposición vanguardista de lo que sería una característica inherente al capitalismo plantea desafíos de diversa índole para las ciencias sociales, puesto que hace difícil sostener la política como esfera autónoma y una democracia más allá de su dimensión inmunitaria (Brossat 2008).

### **3. Conclusiones teóricas. Consecuencias ontológicas.**

A modo de resumen, respecto a la mencionada gran transformación de la matriz nacional popular hacia la vanguardista hibridez con un

tipo societal de sociedad postindustrial globalizada (Garretón 2015b) podemos hacer el siguiente planteamiento: toda acción estatal fue rechazada como una intervención que ponía en riesgo la estabilidad económica, la cual en teoría debía regirse cada vez más por sus propias lógicas. Se trata, en definitiva y como es ampliamente conocido, de liberalizar y mercantilizar distintos sectores fundamentales, a través de una financiarización general de las propiedades.

Una voluntad manifiesta: deshacerse de la presencia estatal en la economía todo lo que se pueda, relegarlo a su función de Estado subsidiario, obligándolo por tanto a incorporarse al mercado global, a través de las ventajas comparativas que ofrece el país (Svampa 2013). Lo cual significa la renuncia a la industrialización y la consagración a la exportación de materias primas, con los consecuentes problemas de deterioro cambiario. El resumen institucional puede leerse en las llamadas *7 modernizaciones* que, en los 90, dieron forma al conocido “consenso de Washington” (Torche 2005). Lo fundamental aquí es que estas medidas descentran al Estado de la acción económica, excluyendo su rol productor y planificador, reemplazándolo por una acción subsidiaria y reparadora, que tiende a confirmar en la práctica el desprestigio de lo público —confundido con lo estatal— al contar con escasos recursos. Emerge, entonces, un rasgo característico de la globalización: la desterritorialización de las decisiones. Los servicios proporcionados por compañías, cuya propiedad está desmembrada en acciones, suplantando y no solo suplementando servicios típicamente asociados a la provisión de derechos. Especialmente notorios son los mercados de pensiones, salud, energía y educación. Notorios, por lo estratégico. Campos de acción fundamentales para el establecimiento de una matriz estatal nacional popular pasan a ser ahora pensados en base a la maximización del beneficio privado, y esa racionalidad no habita en ninguna parte. Imperialismo sin cara de las finanzas, imposición de un modo de vida que ya no es el modo de vida de un país y, por ello mismo, reflote de identidades: terreno firme en medio de la deslocalización de las decisiones (Foucault 2006, 2007; Lazzarato 2013; Marazzi 2014; Garretón 2015b). No existe más como enemigo —o amigo posible— un Estado Imperialista, con una sede conocida —y atacable— donde se tomen las decisiones, sino que estas se

producen en los intersticios de una red, en la “interpenetración de sistemas, que utilizan y atraviesan a los Estados nacionales y actúan a nivel planetario, desterritorializan decisiones que se tomaban a nivel de las sociedades, en los Estados, o en el Estado dominante e imperial” (Garretón 2007).

### 3.1 El neoliberalismo como doctrina práctica

Habría que sostener la primacía de las prácticas para entender la creencia que sostiene el actual orden de cosas. Se trata de una apuesta epistemológica y ontológica. La individualización sin sujeto clásico no es un asunto de dogmas, sino un modo en que las relaciones sociales se han transformado, a partir de la modificación del medio al que los agentes se enfrentan. Si bien, como señalan Garretón (2015b) y Araujo y Martuccelli (2012), entre otros, la primacía del *homo economicus* no es sostenible como concreción histórica, sí es pensable como exigencia o presión institucional y no tan solo como tipo ideal.

Tanto la propuesta de Araujo y Martuccelli (2012) de entrar a las sociedades a través de las pruebas históricas y estructurales que los individuos deben enfrentar, como a partir del análisis del orden simbólico, proveniente a su vez de las formas del malestar social actual que hace Mayol et al. (2013), nos ayudan en este sentido. Araujo y Martuccelli (2012) rechazan abiertamente la idea de un *homo economicus* realmente existente, buscando en el individuo, posiblemente sujeto, la última herramienta para aunar lo que el cambio de siglo disgregó (Dubet y Martuccelli 2001). No obstante, llegarán a una conclusión extrañamente desoladora:

El individuo no es esencialmente sostenido por representaciones colectivas que, desde el individualismo posesivo hasta el *self made man*, sin olvidar tantas otras visiones políticas y culturales del sujeto, le han dado, en otros lares [Estados Unidos y Europa, por supuesto] una consistencia social particular. En Chile, el individuo se yergue como un individuo que en tanto que actor tiene que arreglárselas para poder ser individuo. Un individuo que, a distancia de las instituciones, con un sentimiento irreductible de soledad, debe articular sus propios mundos relacionales para enfrentar las pruebas estructurales que lo forjan (Araujo y Martuccelli 2012: 249)

Ahora bien, los autores plantean su propia perspectiva analítica como una forma de poner en común estas pruebas estructurales y la posibilidad, a través de ello, de

encontrar (...) una otra inteligencia de la *polis* (...) un sendero que permita comprender la comunidad de las pruebas que nos convocan a pesar de todo lo que nos diferencia y desiguala, introduciendo así, merced a esta comprensión recíproca de los desafíos comunes, a un debate político de nuevo cuño (Araujo y Martuccelli 2012: 251)

Esto está en clara resonancia con el desafío abiertamente voluntarista de Garretón (2015b), respecto a la necesidad teórico-política de reconstruir o reorganizar la *polis*, que significa fundamentalmente lograr instaurar nuevamente unas relaciones entre sociedad civil, estructura político-representativa y Estado, que permitan a los nuevos sujetos, posiblemente políticos, tener una trascendencia por fuera de su propia constitución como identidades políticas.

Es, precisamente, frente a estas lecturas que lo anteriormente expuesto plantea dudas. Que exista un individuo con un sentimiento de irreductible soledad y a distancia de las instituciones, implicaría una transformación de las relaciones que no puede dejar incólume a las partes. Una ontología abiertamente relacional e infinitesimal aparece como relevante (Tarde 2006; Deleuze 2005).

Las modificaciones estructurales propiciadas por la exposición de la relación entre violencia y acumulación indefinida generan una transformación radical del medio al que se enfrentan los individuos. Esto se imbrica perfectamente con el relato globalizador, como reemplazo de cualquier proyecto colectivo que proponga un mundo, como aquello que los humanos concertados pueden producir sobre la tierra. La magnitud del problema medioambiental y la radicalidad de la separación entre decisión y acción, merced a la financiarización, vuelven problemáticas todas las dimensiones del análisis.

Que las formas de hacer frente a las pruebas individuales puedan estar desancladas de las fronteras administrativas del Estado, dadas las transformaciones ya mencionadas en las comunicaciones, las formas de producir valor y de autocomprensión subjetiva a pesar de estar administrativamente dispuestas —estatalmente legitimadas— tienen como corolario la dificultad de seguir observando la política como un

espacio bien definido, a ser ocupado por sujetos —que deberían ser— bien ubicables. Que esto sea así no implica que ninguna acción sea posible, sino que otras formas de vinculación de las ciencias sociales con la acción son deseables. Eso queremos abordar en el último apartado; para ello expondremos brevemente qué podría ser considerado “lo estallado” de los objetos sociológicos.

Ante la transformación local, y por ello global, acaecida de manera vanguardista en Chile, no hay razones para pensar que existen sustancias que se mantienen estáticas y que solo se modifican en sus relaciones, como si las viejas cáscaras estuvieran disponibles para nuevas semillas y esto a pesar de las comodidades analíticas que presentan teorías autodenominadas emergentistas (Archer 2009; Floriani 2015). Podría ser relevante pensar estos desafíos a partir de la idea de una sociología del *socius*, de la asociación (Tarde 2006; Latour 2013) pero a su vez con severa distancia crítica respecto a la fascinación metodológica.

Esto permitiría, al menos, extraer consecuencias diferentes. Lo primero, que la creencia es un problema de la práctica y no del dogma, del credo, del discurso o de la ideología (Bourdieu 1999, 2007; Beasley-Murray 2009). Entonces que las transformaciones acaecidas en Chile y el modelo exportado —con sus obvias diferencias concretas— implica la exposición de la inscripción previa de la fuerza de trabajo en la máquina de producción capitalista. Esto no es una frase vacía, sino el reconocimiento de una consecuencia ontológica —para la sociología— del lugar que tiene la deuda en las economías financiarizadas (Lazzarato 2013). Mayol et al. (2013) apuntan a ello al describir el orden simbólico de la actualidad; sin embargo, parece relevante evitar sustancializar este orden simbólico al separarlo del orden político-económico. Cabría, más bien, entenderlo como su exterior constituyente (Deleuze y Guattari 2002; Foucault 2006, 2007).

Siguiendo una distribución de valores muy similar a la de Boltanski y Chiapello (2002)<sup>4</sup>, Mayol et al. (2013) muestran cómo el sistema de valores del Chile contemporáneo se opone a uno tradicional, en su asociación con la incertidumbre, el movimiento, el riesgo, la

<sup>4</sup> Que, sin embargo, es bastante consistente con lo expuesto en otros trabajos como el del PNUD (2012), los del mismo Araujo y Martuccelli (2012) y, sin ir más lejos, de los del propio autor (2013 y 2016).

exhibición y el éxito, entre otras cosas. A tal punto que, en la visión individual que se sustenta en el segundo sistema de valores, puede afirmarse que “todo es actitud” (Mayol et al. 2013: 139), de modo que, para ser rico en Chile:

El animal humano requiere demostrar que es humano con una conducta moralmente dirigida (1); debe tener “acceso” al mundo en el que se reparte la educación, el trabajo, la salud, en general la dignidad (2); debe “tener actitud” de emprendimiento y buena administración del dinero (3); debe poder subirse al carro y contar por tanto con la información que le permita ser dinámico (4); por último, debe entrar en otro círculo de acceso a las redes en las que se distribuye la riqueza, es decir, para ser rico en Chile se debe ser rico (5) (Mayol et al. 2013: 146)

Deseable sería realizar el siguiente desplazamiento: que no se tratara de un orden moral instalado sobre un modelo económico, sino del funcionamiento del modelo económico como creencia práctica. Dicho provocativamente: *el éxito no es ideal, sino deuda*.

Que Mayol et al. (2013), hablando del ahorro, puedan poner en el mismo nivel el Ahorro Previsional Voluntario (APV) y el ahorro para las entradas a un concierto da cuenta de una separación entre orden normativo y económico, no completamente justificada teóricamente a la luz de las transformaciones antes expuestas. Una amplia tradición de análisis crítico de las condiciones contemporáneas de explotación capitalista situará a la deuda en un lugar de relevancia, especialmente cuando se trata de los ahorros previsionales (Fumagalli 2010; Lazzarato 2013; Marazzi 2014). Puesto que el nacer adeudando trabajo para no morir en la pobreza al finalizar el régimen laboral obligatorio implica nuevamente una exposición, esta vez del lazo que definiría la comunidad (Blanchot 2002).

No hay otra pertenencia que la deuda mutua (Blanchot 2002; Esposito 2003). Sin embargo, esta ha sido expuesta y rentabilizada bajo un sistema de relaciones rígido en la partición de quienes pueden jugar con las reglas del juego (básicamente, con su propia deuda) y quienes deben ser exitosos (con todo lo relativo que es eso), para no morir. El endeudamiento en Chile nunca es voluntario, a pesar del reconocimiento simbólico que este pueda tener cuando así aparece (Mayol et al. 2013); más bien puede ser observado como parte fundamental de

la economía política que gobierna, a pesar (¿o en virtud?) de las correcciones y el progresismo limitado (Garretón 2013). Los individuos en su irreductible soledad deben su esfuerzo individual de cara a las instituciones que basan su funcionamiento en ello. Y, dado que ser digno de crédito es siempre una sanción del poder simbólico (Bourdieu 2007), un don de confianza, no hay oposición entre el esfuerzo individual formalmente reconocido y aquel por hacerse de las relaciones sociales correctas, o sea, por ser/parecer rico, para serlo<sup>5</sup>. De ahí que no debería haber mayor sorpresa en el reconocimiento de las múltiples dependencias que implica el esfuerzo individual (Araujo y Martuccelli 2012). Puesto que precisamente este esfuerzo individualizado como forma normativa de la autoexplotación es lo que difumina espacios laborales y personales.

Mérito y *pituto* no se contraponen (Barozet 2006), sino que exponen la inscripción previa de la fuerza de trabajo que hace de la necesidad virtud (Bourdieu 2007) convirtiendo la necesidad de la autoexplotación, incluso por obtener capital social, en esfuerzo personal reconocido como moneda de cambio para todo tipo de relación institucional, desde un puesto de trabajo, al crédito o la beca para estudiar. Y también para toda relación personal. Esfuerzo en las relaciones de pareja, de amistad, de colegas, a menos que puedan obviarse los costos económicos de lazos que desvíen las trayectorias de la autoexplotación forzada y se decida, por ejemplo, dedicarse a viajar por el mundo.

Diríamos, con Garretón (2007), que lo que tenemos actualmente en Chile es un modelo consolidado y no de transición, mas no principalmente por la dificultad de un regreso al modelo dictatorial, sino como forma de gobierno que tiene como uno de sus pilares esta inscripción económica y simbólica de las vidas en la producción de valor (para otros). Es, en cierta forma, lo que se conoce como subsunción real de la vida en el capital, a propósito de las transformaciones informacionales, comunicacionales y tecnológicas vividas (Fumagalli 2010).

<sup>5</sup> De hecho, todos los libros de autoayuda lo saben. Especialmente burdo es *El Secreto*, que plantea que para llamar lo bueno (digamos, ser rico) hay que decretarlo, es decir, llamarlo con la actitud correcta, la del ganador que *demuestra su actitud de ganador*, pero no que no *aparenta soberbiamente*. De ahí que la imagen del arribista, que bien tratan Mayol et al. (2013) sea una figura negativa. El arribista aparece como exceso del mandato, esto es, exceso de deuda (de éxito) que se traduce en un endeudamiento excesivo, merced de créditos y tarjetas. Fascinación sin distancia con el éxito, lo separa del esfuerzo, incluido el de la búsqueda de relaciones correctas que, por lo mismo, aparenta tener. Se sitúa así en la impostura; es el impostor por excelencia.

Operador fundamental de aquello será la noción de capital humano. Esta idea, subteorizada respecto al impacto que tiene en las lógicas gubernamentales chilenas, daría cuenta de una rentabilización de cualidades específicamente humanas siempre que se propone explícitamente descomponer el factor trabajo, que el marxismo habría dejado de lado en virtud del análisis del capital. En este sentido se trata, por una parte, de la rentabilización de cualidades antropológicas (Virno 2013; Fumagalli 2010). Por otra, consecuencia de lo anterior, de la comprensión de estas cualidades como elementos de intercambio económico, abriendo una gama de inversiones en nosotros mismos: belleza, salud, educación, capacitaciones, parejas, *selfies*, acreditaciones, viajes, publicaciones, etc. El salario es, en esta teoría, el retorno de la inversión hecha en nosotros, en tanto capitales humanos, deviniendo ganancia y finalmente renta (Marazzi 2014). Esta teoría del capital humano, completamente solidaria con las doctrinas neoclásicas, implica que el neoliberalismo deja de ser solo teoría económica (Massey 2016) en la medida en que el mercado ahora no está compuesto por dos grandes fuerzas contrapuestas (capitalistas y vendedores de su fuerza de trabajo) sino que son aplanados como consumidores, es decir, actores o sujetos de interés, a los cuales, por tanto, hay que respetarlos en sus intereses privados al mismo tiempo que aquellos son producidos (Foucault 2006). Esto exacerba una función de los nuevos medios de comunicación, que llamaremos “espectáculo” (Debord 1994) y que abordaremos en el siguiente apartado, dado su impacto en la dimensión de los sistemas de representación imaginables.

### 3.2 La matriz desgarrada

La sociedad industrial, las sociedades de matriz nacional-popular, con el Estado al centro, tenían una coherencia, un funcionamiento, un modo de operar estable y, por tanto, una cierta facilidad del análisis y la posibilidad de la descripción mecánica de un mecanismo. Esto, en la medida en que las ciencias sociales estaban también introducidas en un proyecto de transformación del mundo. Los cambios históricos y las conclusiones teóricas que de ellos se extraen, y que hemos descrito en sus líneas generales, mostrarán a las ciencias sociales en su perplejidad. La perplejidad es fundamentalmente traducida como la

descripción de una tendencia entrópica, en donde los antiguos ámbitos funcionales (político, económico, cultural y social) se disparan, dejan de corresponderse o se corresponden de forma contradictoria, asumen lógicas parcialmente indiferentes entre sí, se autodinamizan, etc. (Garretón 2015b; De la Fuente 2010) Y, sin embargo, estos ámbitos funcionales permanecerían idénticos a sí mismos. Lo que buscamos sustentar es que ante las constataciones, compartidas extrañamente por prácticamente todo el espectro teórico, quizá no es deseable ni posible sostener que, ante la transformación radical del mundo, los objetos sociológicos construidos por y para ese mundo no se vean en sí mismos brutalmente transformados.

Un elemento fundamental, en relación a lo anterior, es que la propia noción de mundo que maneja corrientemente la sociología y la ciencia social está asociada al modelo organizativo que ha sido objeto de las transformaciones. Desarrollo, emancipación, sociedad y modernidad conformaban parte de un mismo mundo que las ciencias sociales proyectaban, analizaban y aplicaban, pero que se enfrentó a su sería puesta en cuestión:

El pasado ha cambiado de forma puesto que no es más arcaico que lo que viene delante de nosotros. En cuanto al futuro, ha volado en pedazos. Ya no podremos emanciparnos como antes. Esta es una situación *totalmente nueva*: detrás de nosotros, ataduras y, delante de nosotros, más ataduras. Suspensión del “frente de modernización”. Fin de la emancipación como único destino posible. Y lo que es peor: “nosotros”, los que habíamos creído ser modernos<sup>6</sup>, ya no sabemos *quiénes* somos, ni, por supuesto, *dónde* estamos. Fin de la modernización. Hay que recomenzar todo (Latour 2013: 26)

Es respecto a esto que las teorías sociales producidas en Latinoamérica y, particularmente, en Chile tienen alta relevancia, dada esa incorporación vanguardista del país en tendencias que devendrán globales. Desde el punto de vista teórico, la perspectiva de la matriz socioanalítica ha demostrado ser uno de los aportes más sostenidos en el tiempo, con interesantes aportes analítico-empíricos, pero también con una propuesta teórica de alta abstracción. En efecto, como apunta Mascareño (2009), el modelo trasciende la vocación autoimpuesta de

<sup>6</sup> Ese *nosotros* implica claramente a europeos y otros habitantes de “sociedades centrales”. “Nosotros”, digamos, del “sur”, tan solo creímos que *podríamos* ser modernos (alguna vez).

teoría de alcance medio, al identificar la matriz sociopolítica constituida, a partir de la abstracción de los elementos existentes en un determinado contexto histórico, con la sociedad en sí misma y, por ende, a la relación entre sus componentes como requisito de lo que se entiende por sociedad. Entonces, respecto a los desafíos contemporáneos, la “teoría dejaría de ser un modelo de interpretación de la transición democrática y se transformaría en un prisma de observación general de la sociedad entendida desde el punto de vista político, como sociedad-*polis* o Estado nacional” (Mascareño 2009: 71). Si esto es así, es importante plantear que si se modifican las relaciones, también se modifican las partes (Deleuze 2005; Latour 2013) y, por ende, sí se desea mantener la noción de *polis*, más que como lugar físico, como aquello que permite que se tomen decisiones en conjunto, sobre problemas comunes (Garretón 2014; Araujo y Martuccelli 2012). Así, antes que describir o investigar cómo es posible rearticular componentes que se mantendrían idénticos a sí mismos, convendría explorar cómo estos componentes han sido, ellos mismos, irremediamente transformados.

### 3.3 Estado (y) dron

Desde la perspectiva de este enfoque teórico, el Estado aparece como el “conjunto de instituciones públicas con funciones coercitivas y de integración (...) [al mismo tiempo] agente de desarrollo, una cristalización de la dominación y una proyección simbólica de unidad” (Garretón et al. 2004: 17). En términos acotados, se trata de la posibilidad de un lugar privilegiado de toma de decisiones, que permite hacer frente a las tendencias centrífugas de los ámbitos funcionales y las dimensiones del “mundo de la vida” (Garretón et al. 2004; Mascareño 2009). Todas las sociedades latinoamericanas tendrían actualmente que enfrentar la “misma problemática de recomposición de las relaciones entre Estado y sociedad en el mundo globalizado, de generación de una nueva matriz sociopolítica o de refundación del Estado nación, como quiera denominársele” (Garretón 2013).

¿Se trata, entonces, de que el Estado permanece idéntico a sí mismo, a pesar del impacto que las transformaciones históricas han tenido en estas instituciones que lo componen? ¿Es deseable plantear que

la única alternativa política es reconstituir las relaciones del Estado con la sociedad, a pesar de que las múltiples instituciones que lo componen han sido funcionalizadas en razón de otros principios y lugares de aplicación? (Fumagalli 2010; Llorey 2016) ¿No sería esto muestra de otra limitación al progresismo, esta vez inherente a la concepción de que el Estado está ahí y que es posible recuperarlo de esta ruta en que se ha perdido? Es decir, una limitación correlativa a comprender que el Estado es una suerte de sustancia, a pesar de estar compuesto por instituciones diversas y heterogéneas.

Un ejemplo que puede tomarse del trabajo de Llorey (2016) es el de la perspectiva analítica que opone, por principio, estado social y precarización. En una crítica directa a Castel (2002), señala que la oposición entre estos términos impide ver hasta qué punto las propias funciones del estado social han sido puestas en conexión con otras formas de rentabilización. Así,

cuando la «precariedad» se concibe únicamente como amenaza e inseguridad, se plantea siempre en contraposición a una norma de seguridad; permanece como desviación. De tal suerte, no podría llegar a entenderse la regulación de los modos de precarización como normalización y por ende como un instrumento de dirección y técnica de gobierno neoliberales (Llorey 2016: 54)

Sin embargo, lo que se sostiene cuando se habla de los gobiernos de la región es que las medidas han dejado atrás al neoliberalismo puro dando pasos hacia el progresismo (Garretón 2013; Quiroga 2010). Es justamente este punto crítico de la interpretación lo que motiva la pregunta.

El llamado desmantelamiento del Estado significó más bien la reorganización efectiva de sus componentes, acentuando lo que Bourdieu (2000) llamó la mano derecha del Estado, la parte represiva y económica, en desmedro de una mano izquierda o estado social. De ese modo, lo que se produciría no sería un uso estratégico de algo que está allí, digamos el Estado, sino la producción de una forma-Estado particular. En esta forma-Estado, la noción de seguridad, por ejemplo, es en sí misma desplazada desde la seguridad social al aseguramiento de la sociedad (Llorey 2016). Por una parte, incluso lo que queda de los servicios sociales del Estado presiona, cada vez más, a ingresar

a los mercados financieros. Lo que implica, por otra parte, que los Estados deben velar por las condiciones de rentabilización de las finanzas, teniendo por resultados medidas inmunizadoras, que tienden a la definición estricta de quiénes merecen ser protegidos y quiénes deben ser expuestos (Brossat 2008). Los casos de Estados Unidos y de Inglaterra son claros al respecto; pero también la intensa problemática actual en Venezuela puede analizarse a partir de la limitación que tendría el progresismo, para evaluar el peso que tiene la transformación de las conexiones que constituyen el Estado.

A propósito de estas transformaciones se ha planteado que, desde la expansión global de la forma neoliberal del capitalismo, los Estados se caracterizan, a grandes rasgos, por articular una suerte de gobierno a distancia (Miller y Rose 2008). Este consistiría en que la mencionada mano derecha del Estado se encargaría de tener las condiciones necesarias para que la producción de valor, a través de la economía financiarizada, pudiera mantenerse. Esto incluye dosis de seguridad social, en la medida que puedan evitar trastornos sociales mayores (Llorey 2016). Al mismo tiempo que hay zonas de excepción permanente, como sucede en el territorio reivindicado como Wallmapu en el sur de Chile. A modo de resumen, los servicios sociales del Estado no solo han sido directamente privatizados, sino que también lo han sido de forma indirecta a través de la financiarización de los recursos formalmente estatales. Mientras, la mano derecha ha sido crecientemente fortalecida tanto a nivel tecno-científico como de protección/justificación jurídica. Estos elementos plantearían el estallido de un Estado como algo simplemente a ocupar. La denominación “dron” (Chamayou 2016) indica provocativamente la relación entre un Estado que depende principalmente de relaciones securitarias y a distancia, para mantener el control, incluyendo un uso estratégico de la seguridad social, en tanto sus bases han sido ya globalizadas, puestas bajo el control de un *otro*, sin rostro, que como aquel que mira a través de las cámaras del dron, dispone de esta herramienta para evitar tener que hacerlo con sus propias manos, o sea, evitando una guerra civil explícita.

Una refundación del Estado sería entonces posible y deseable únicamente como parte de una estrategia mayor que lo exceda desde

ya y no *a posteriori*. Es decir, no sería a los movimientos colectivos actualmente existentes, a los que le faltaría algo para poder hacer uso del Estado, sino que sería la concepción sociológica la que debería modificar su comprensión de las dinámicas de los movimientos sociales. En este sentido, serían estos los que redefinirían los límites y posibilidades de la acción estatal, en lugar de restringir su potencia a los límites administrativos, constantemente superados en la práctica.

### 3.4 Representación política (y) Espectáculo

Lo anterior desafía también la idea tradicional de representación política, específicamente en la dimensión de agregación de demandas y de ser el lugar de implicación política de los sujetos. Dos cuestiones aparecen con claridad a este respecto. Primero: para que la agregación de demandas tenga sentido se debe suponer que el nivel en que estas demandas sean agregadas es, de hecho, el indicado para la realización de las demandas. Segundo: que la implicación política se dé entre sujetos debidamente constituidos y que el espacio funcional sea relativamente autónomo de la política profesional.

Lo primero, encuentra limitantes en los procesos indicados respecto a los Estados. Lo segundo, respecto al impacto que tendrían las transformaciones en la manera en que nos comunicamos. Garretón (2015b) señala que, para el modelo postindustrial, los ejes articuladores serían el consumo y la comunicación que se corresponderían con lo social y lo cultural, a diferencia de la época anterior organizada en torno a la economía y la política. Esto daría origen a tres actores identificables. El primero serían los públicos y las audiencias. Grupos desterritorializados y con baja densidad organizacional que pueden ser desde movimientos específicos y esporádicos, hasta alcanzar mayor estabilidad y generalidad, como la denominada opinión pública. El segundo, poderes fácticos desde elementos tradicionales al poder de empresas transnacionales que aprovechan las condiciones de desnormativización de la sociedad. Un tercer tipo serían las nuevas expresiones de la sociedad civil que también adolecerían de no tener suficiente densidad organizacional y estarían asociadas, o bien a ONGs, o bien a actores identitarios, que se organizan en torno a variables antes consideradas solo como geodemográficas o subjetivo-privadas.

Respecto a esta descripción, sería interesante introducir una inflexión. El rol que juegan las nuevas herramientas de comunicación expone un problema para la representación política convencional, mediada en lo explícito-fundamental por el discurso. Esto ha sido caracterizado a partir del concepto de “Espectáculo” (Baudrillard 1983; Debord 1994). Señala Debord,

la primera fase de la dominación de la economía sobre la vida social produjo en la definición de toda realización humana una evidente degradación del *ser* en *tener*. La fase presente de la ocupación total de la vida social, por los resultados acumulados de la economía, conduce a un desplazamiento generalizado del *tener* hacia el *parecer*, del cual todo “tener” efectivo debe obtener su prestigio inmediato y su función última (Debord 1994: 12)

A grandes rasgos, de lo que se trata es del cambio del predominio de las mediaciones socialmente organizadas entre los individuos y la posibilidad de construcción del mundo. En específico, el paso del ser al tener refiere a la crítica marxista del fetichismo de la mercancía, en tanto que hacía aparecer las relaciones entre los seres humanos como relaciones entre cosas. Del mismo modo, la época signada, en parte, por los cambios en las tecnologías de comunicación sumaría la mediación de las imágenes de modo que la relación con estas redefine todas las mediaciones anteriores (lenguaje y cosas-mercancías). La crítica de Marx también implicaba una crítica a la imaginación política de la época. Puesto que era la mediación entre las cosas y a través de ellas la que predominaba, no se podía confiar en las instituciones fundadas únicamente en deliberaciones formalmente democráticas, ni tampoco en la filosofía puramente contemplativa. Los obreros y la filosofía debían transformar al mundo y a las instituciones en su totalidad para poder tener parte de esa palabra, una vez realizada la crítica a la mercancía, es decir, deshechas las condiciones sociales que permitían tal fetichismo. No obstante, habría sucedido algo diferente, y el poder de la imagen en la época de la comunicación y la información implicaría una transformación ontológica en relación a la política y a la vida cotidiana como espectáculo (Debord 1996; Baudrillard 1983).

La consideración de la política como espectáculo podría pertenecer a cualquier época; sin embargo, lo que es relevante es el lugar que

tiene la espectacularización en las relaciones de cada período. Significa que la política profesional, como ámbito separado de la vida, se haría para ser exhibida como espectáculo. Es el ámbito, de hecho, en el que se encuentran las encuestas sobre las decisiones, incluso de principios y valores de candidatos y partidos (Baudrillard 1983).

¿La representación de qué está en juego aquí? Hay una suerte de círculo macabro a este respecto, puesto que, ante la aparente ausencia de sujetos políticos, la representación parece estar completamente arrojada a la opinión de las mencionadas audiencias. Sin embargo, para la opinión pública en general (Bourdieu 2000), esta es construida a partir de la elaboración de encuestas, que definen relativamente de antemano aquello que puede ser representado como opinión.

Lo anterior se agrava cuando nos aproximamos a la espectacularización de la vida como otra de las consecuencias de las transformaciones informáticas. Puesto que el fondo del asunto al que quiere llegar Debord (1996) es que el Espectáculo, como mercancía total y totalitaria, no es simplemente una dimensión separada a la cual la propia política se rendiría, seducida por el poder de representar imágenes que son su propia proyección, sino que lo que hace es presionar a las vidas cotidianas a asimilarse con la esfera del espectáculo, entendida en su forma restringida (Hollywood, por decir algo muy conocido), a pesar de todas las evidencias en su contra<sup>7</sup>.

Por un lado, aquello que debería ser el espacio de la representación de actores para la lucha política está enfocado principalmente a producir contenidos para ser distribuido a través de los medios de información y comunicación. Unido a que la infraestructura que rige las conductas de los miembros de la sociedad estaría organizada y controlada de manera descentralizada, desterritorializada y anónima. Por otra parte, actores llamados a constituirse como tales para ser representados en sus intereses tendrían una doble mediación, que ya no puede ser considerada ideológica, puesto que el reino de las imágenes habría suplantado efectivamente al mundo (Debord 1994).

---

<sup>7</sup> A este respecto se podría analizar la relación entre lo mostrado en la red social de fotografías Instagram y la cotidianidad normal de los individuos.

### 3.5 Sociedad civil (y) Capital humano

En el modelo teórico de la matriz sociopolítica, la sociedad civil es sinónimo de base socioeconómica, considerando los actores sociales con sus relaciones y orientaciones culturales (Garretón et al. 2004). De manera que, a pesar de los diversos grados de densidad organizacional que tendrían, lo relevante de los actores estaría en la enunciación de aquello que les interesa propiamente, especialmente en tanto actores colectivos.

No obstante, las transformaciones en el mundo del trabajo y el modo en que el arte liberal de gobernar conduce las conductas implica desafíos para esta noción típicamente moderna.

La precarización del empleo es una realidad a escala global que va de la mano con el llamado giro lingüístico de la producción y el lugar que tiene el modelo de trabajo cognitivo, en la conformación de expectativas sociales, todo en el marco de la mantención de un extractivismo de recursos naturales en ciertas zonas del planeta (Fumagalli 2010; Svampa 2013; Llorey 2016). Esta precarización impone cierta igualdad que, sin embargo, desborda las posibilidades de representación, puesto que los precarios

no pueden ser ni unificados ni representados, sus intereses son dispares, las formas clásicas de organización corporativista no funcionan. La miríada de precarios está dispersa en las relaciones de producción y entre distintos modos de producción que absorben y engendran subjetividades, despliegan su explotación económica y multiplican las identidades y los lugares de trabajo. Lo precario y disperso no es solo el trabajo, sino también la vida (Llorey 2016: 24)

Y algo fundamental para el vínculo entre sociedad civil y sistema de representación era su relativa consistencia:

En la sociedad industrial —señala Garretón (2015b: 38)— lo normal era lo que llamábamos “congruencia de status”: un obrero de bajo nivel de calificación [sic], bajo nivel educacional y, por lo tanto, de ingreso, de familia patriarcal y conciencia de su clase, sociabilidad entre compañeros de trabajo y voto comunista o socialista, es decir, de izquierda.

Hoy en día eso se habría roto, en parte, por las consecuencias de los diferentes procesos descritos. En concreto por una precarización

que descompone ciertas solidaridades anteriormente clave, en su asociación con lo que hemos llamado espectacularización de la vida cotidiana y que cabría entender como la producción/(re)presentación de esta, según criterios que olvidan las realidades concretas que se (re) presentan. A esto cabría sumarle la reflexión que proviene de la concepción neoliberal de la sociedad civil como sociedad compuesta por sujetos de interés, que deben encontrar la satisfacción de estos en la libre elección en el mercado (Foucault 2008). Interés de los aparatos del mercado por conocer los intereses de los individuos formalmente libres, para poder ofrecer mercancía y soluciones, en general, cada vez más personalizadas (Rose y Miller 2008).

Tal inclinación hacia el interés propone como indeseable, sino inútil, la representación de intereses por un órgano mayor (Llorey 2016). Y, sin embargo, lo fundamental no sería la propuesta sino las condiciones de aceptación de aquella puesto que, dada las altas tasas de precarización y el orden simbólico individualizante de la espectacularización de la cotidianidad, la noción de capital humano desarrollada por Becker encuentra una altísima penetración en Chile (Rodríguez 2016). Esta noción y su despliegue producen, antes que una ideología de empresarios de sí mismos, una exigencia institucional, en términos de las habilidades reconocidas para los empleos (tradicionales incluidos) o los elementos necesarios para la postulación de proyectos o becas, o las presiones a la formación continua, etc. De modo que se instala como un principio de subjetivación (Foucault 2006, 2007; Marazzi 2013), es decir, como principio de autocomprensión y regulación que se despliega siempre sobre transformaciones muy materiales operadas con anterioridad. Característico es el caso de Chile que vivió las transformaciones estructurales sin necesidad de justificación alguna, exponiendo el vínculo estrecho entre neoliberalismo y violencia. Esto quiere decir que, más allá de la forma en que se conciban, el esfuerzo por la solución individual a los problemas colectivos es exigida para la participación en las instituciones (Araujo y Martuccelli 2012).

De este modo, la sociedad civil estalla tanto en relación a la dimensión que podría representar, como respecto a aquella que tiene que ser representada. El punto problemático es que esto que ha sido generado por la práctica, es decir, a través de hábitos y afectos, no

puede ser modificado por decreto, por lo que antes de pensar en cómo componer de nuevo una cierta correspondencia entre elementos que niegan sistemáticamente aquello que les daría su razón de ser<sup>8</sup>, cabría pensar en la *polis* como la intensificación reflexiva de estas problemáticas, por parte de organizaciones políticas y, por tanto sociales, ya existentes.

#### 4. Sociología y complicidad. Metodologías de intensificación.

A modo de conclusión, expondremos brevemente tres principios que, desviando la idea de la reconstrucción de la *polis*, intentan pensarse considerando las denominadas consecuencias ontológicas de conclusiones teóricas, sobre las transformaciones históricas de las últimas décadas.

A grandes rasgos estas consecuencias estarían vinculadas a los tres ejes mencionados de la siguiente forma: i) el problema del Estado “gobernado” a distancia, atravesado y desbordado por la integración en los mercados globales, obliga a pensar la política más allá de la dimensión funcionalmente diferenciada. Esto no por un acto de gusto o voluntad, sino en la medida de la constatación de que las decisiones tradicionalmente consideradas como políticas no son tomadas en los órganos estatales; ii) desafío a la propia noción de representación, atravesada por la política como espectáculo, es decir, pensada en relación a la recepción de públicos antes que en la participación de actores y por la espectacularización de la vida cotidiana, que relativiza la posibilidad de volver a una coherencia respecto a posiciones representadas; iii) los individuos exigidos a pensarse como empresarios de sí mismos y que deben rentabilizar un capital humano modifican la aparente transparencia de una sociedad civil, como material disponible para la politización. Oscuridad en los deseos, oscuridad en la búsqueda de satisfacción. Obligación de pensar nuevamente la relación entre acción y representación, en donde pensar nuevamente significa, sobre todo, pensarla bajo otros términos.

<sup>8</sup> A saber: que en el Estado se aloja la política; que se representan intereses de actores colectivos políticamente determinados; que existen actores que buscan prioritariamente la solución de sus problemas a través de la participación en la esfera política formal.

Desearíamos, entonces, pensar una sociología que tome brutalmente en serio el aspecto inmanente de toda asociación entre elementos que constituirán lo social, que se haga cómplice de esa existencia, intensificando sus potenciales (Deleuze 2005; Latour 2013). Y esto, precisamente, porque quizás las consecuencias más relevantes para el futuro de nuestras sociedades estén pasando por aquello que ni puede ser dicho ni representado pero que de todas formas acontece.

Esto implica una mirada que no espera ver sujetos ni evalúa lo que describe en relación a lo que todavía no es, sino una perspectiva que, siguiendo a Tarde (2006) y Latour (2013), vaya en búsqueda de la asociación, de la concatenación, del efecto inmanente y sus condiciones de producción y despliegue. El punto de vista de lo infinitesimal (Deleuze y Guattari 2002; Tarde 2006; Deleuze 2014) y de la asociación excesiva, antes que de la deuda de completitud (Latour 2013). Y, al mismo tiempo, sin perder de vista que dentro de esto el papel que le cabe a la ciencia social no es el de una neutralidad ingenua, pero tampoco parece probable la figura del intelectual orgánico, dadas las condiciones de producción de conocimiento. Es una posición, pues, de cómplice, de intensificación de procesos (o contagios) actualmente existentes. Para ello, tres principios que son, a la vez, el inicio de un desarrollo teórico y metodológico:

#### **4.1 Que la sociología no tiene que inventar los movimientos**

Cuando se abordan los movimientos, o los actores desde aquello que adeudan para constituirse como movimientos o actores propiamente tal, se da la impresión (sea esto buscado o no) de la necesidad de la ratificación y reconocimiento sociológico de aquello que se realiza en la práctica. Esto, en cierta medida, aleja a los propios movimientos en constitución de las lecturas sociológicas, pero también implica un problema epistemológico para las ciencias sociales, en tanto que la comparación con aquello que todavía no es lo que observamos puede llevar aparejado dificultades para reconocer especificidades y potencias de aquello que efectivamente acontece. Un ejercicio conformador de *polis*, como posibilidad de constituir un mundo, de parte de las ciencias sociales, sería entrar en diálogo con lo que es y no demandar que se cumpla un estándar que puede ser, sencillamente, irrecuperable.

## 4.2 Que las asociaciones desbordan la sociedad

Si únicamente fuera posible describir la sociedad como sociedad moderna, entonces el objeto sociológico en sí mismo estaría en condiciones de mutar. El diálogo con aquello que es implicaría un arsenal metodológico para examinar el *socius* (Tarde 2006) antes que evaluar el carácter social, o no, de tal o cual fenómeno. En este sentido, el *socius*, como aquello que en la asociación entre elementos heterogéneos constituye algún tipo de entidad, por cierto provisoria, posibilita no verse en la obligación de ver el mundo en base a los ámbitos cuya separación teórica es desmentida por la práctica, como la política y la economía. En ese sentido, las asociaciones parecen desbordar la sociedad, tanto en relación a modos de ejercicio del poder, como respecto de la organización de formas de vida que se oponen a la forma de vida predominante. El momento estratégico como anterior al momento estructural, no solo temporal, es decir, lo que viene, lo que se fragua, siempre se daría al nivel de las asociaciones múltiples y móviles, antes que en las sólidas categorías que caracterizaron la modernidad (Deleuze 2014).

## 4.3 Que las soluciones son políticas y no técnicas. O de la intensificación

Evitar pensar desde fronteras deducidas de un arreglo social anterior, que se modificó radicalmente en el denominado cambio de siglo, posibilita trazar nuevas fronteras, pudiendo describir y comprender cómo se organizan quienes se enfrentan a la actualidad, sin verse en la obligación de tener que plantear un juicio respecto de lo que deberían ser. Sin embargo, esto puede fácilmente caer en una fascinación metodológica, que ignore por ello las asimetrías provenientes de la matriz anterior. Por tal razón, el tercer principio debe ser entendido como que, desde las ciencias sociales, no se trata de solucionar problemas, puesto que esto sería concebirlos en forma técnica y, por tanto, universalizar el modelo de relaciones presentes como el único modelo posible, es decir, hacer real el juicio sobre el fin de la historia. Más interesante podría ser buscar la intensificación de las formas de organización actualmente existentes, para que cuestionen, critiquen, debatan, propongan, actúen

o reflexionen. Esto implicaría buscar nuevas formas de implicación entre la comprensión de los fenómenos sociales y la acción, que llamaremos por el momento metodologías de intensificación. Asimismo, implica una concepción de la política más allá del ámbito funcional diferenciado. Esto va en línea con toda una reflexión crítica (Corcuff 2013) pero además estaría en sintonía con la exposición de la política en estrecho vínculo con la ética, esto es, de la política como modo de vida. En ese sentido, recuperar la *polis* requiere recuperar en la práctica la potencia humana de decidir, en la medida de su materialidad, cómo se quiere vivir, para lo cual la delegación/representación política clásica es solo una opción entre otras.

#### BIBLIOGRAFÍA:

- Agamben, G. 1998. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. España: Pre-Textos.
- Araujo, K. y Martuccelli, D. 2012. *Desafíos comunes: retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Santiago de Chile: LOM Ediciones
- Archer, M. 2009. *Teoría social realista. El enfoque morfogenético*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Baudrillard, J. 1983. *Les stratégies fatales*. París: Grasset & Fasquelles.
- Barozet, E. 2006. El valor histórico del pituto: clase media, integración y diferenciación social en Chile. *Revista de Sociología del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile* 20, 69-96.
- Beasley-Murray, J. 2010. *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Beck, U. 2000. Retorno a la teoría de la 'sociedad del riesgo'. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 30, 9-20.
- Berardi, F. 2007. *Generación post-alfa: patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Blanchot, M. 2002. *La comunidad inconfesable*. Madrid: Editora Nacional.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. 2002. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. 2000. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. 2007. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brossat, A. 2008. *La democracia inmunitaria*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Castro-Gómez, S. 2010. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Calderón, F. 2004. *¿Es sostenible la globalización en América Latina?* Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Castel, R. 2001. *Propriété privée, propriété sociale, propriété de soi. Entretiens sur la construction de l'individu moderne*. París: Fayard.
- Castel, R. 2002. *La metamorfosis de la cuestión social*. Madrid: Paidós.

- Castells, M. 1997. *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza.
- Castro-Gómez, S. 2010. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Corcuff, P. 2013. *Las nuevas sociologías: principales corrientes y debates*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Chamayou, G. 2016. *Teoría del dron*. Buenos Aires: Futuro Anterior.
- Cunill, N. 1997. *Repensando lo público a través de la sociedad*. Caracas: Nueva sociedad.
- Debord, G. 1994. *La sociedad del espectáculo*. Edición Online
- Deleuze, G. 2005. *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, G. 2014. *El poder. Curso sobre Foucault*. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, G. y Guattari, F. 2002. *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Valencia: PreTextos.
- De la Fuente, G. 2010. Continuidades y cambio de la Matriz Sociopolítica en Chile desde la reinauguración democrática. *Revista de Sociología* 24, 179-197.
- Domingues, J. 2015. Proyecciones de la teoría sociológica en América Latina: descripción, análisis y diagnóstico de la modernidad. Disponible en: <http://journals.openedition.org/polis/10968> [09 de febrero 2018]
- Dubet, F. y Martuccelli, D. 2001. *¿En qué sociedad vivimos?* Buenos Aires: Losada.
- Esposito, R. 2003. *Communitas: origen y destino de la sexualidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- French-Davis, R. 2004. *Chile: entre el neo-liberalismo y el crecimiento con equidad*. Buenos Aires: Siglo XXI-OSDE.
- Foucault, M. 2007. *Nacimiento de la Biopolítica: Cursos en el Collège de France: 1978-1979*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. 2006. *Seguridad, territorio y población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Fukuyama, F. 1992. *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid: Planeta.
- Fukuyama, F. 2004. *La construcción del Estado: hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*. México D. F.: Siglo XXI.
- Fumagalli, A. 2010. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Gárate, M. 2012. *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Alberto Hurtado.
- Garretón, M. A. 2007. *Del postpinochetismo a la sociedad democrática. Globalización y política en el Bicentenario*. Santiago: Random House Mondadori.
- Garretón, M. A. 2013. *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 2010-2012*. Santiago de Chile: ARCIS-CLACSO-El Desconcierto.
- Garretón, M. A. 2014. *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina. Estudios sobre transformaciones sociopolíticas y movimiento real*. Santiago de Chile: LOM.
- Garretón, M. A. 2015a. La recomposición de la triple vocación de la ciencia social en América Latina. Disponible en: <http://polis.revues.org/11173> [09 de febrero 2018]

- Garretón, M. A. 2015b. *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*. Santiago de Chile: LOM.
- Garretón, et al. 2004. *América Latina en el siglo XXI. Hacia una nueva matriz socio-política*. Santiago de Chile: LOM.
- Giddens, A. 1993. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Góngora, M. 1981. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: La Ciudad.
- Grez, S. 2005. Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social. *Política* 44, 17-31.
- Harvey, D. 2007. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Jocelyn-Holt, A. 1997. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Buenos Aires: Ariel.
- Latour, B. 2013. *Investigación sobre los modos de existencia. Una antropología de los modernos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lazzarato, M. 2013. *La fábrica del hombre endeudado: ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Llorey, I. 2016. *Estado de inseguridad. El gobierno de la precariedad*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Lemm, V. 2010. *La filosofía animal de Nietzsche. Cultura, política y animalidad del ser humano*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- López, S. 2009. *Breve tratado para atacar la realidad*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Luhmann, N. 2006. *Sociología del riesgo*. México D. F.: Universidad Iberoamericana.
- Marazzi, C. 2014. *Capital y lenguaje: hacia el gobierno de las finanzas*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Mascareño, A. 2009. Acción y estructura en América Latina. De la matriz sociopolítica a la diferenciación funcional. *Persona y Sociedad* 23(2), 65-89.
- Mascareño, A. 2013. La incompletitud de la autopoiesis. Irritación, codificación y crisis. En Razeto, P. y Ramos, R. (eds.) *Autopoiesis. Un concepto vivo*. Santiago de Chile: Universitas.
- Massey, D. 2016. "El lenguaje de la economía". En Estupiñán, M. (ed.) *El ABC del neoliberalismo*. Viña del Mar: Communes.
- Mayol, A. et al. 2013. *El Chile profundo. Modelos culturales de la desigualdad y sus resistencias*. Santiago de Chile: Liberalia.
- Meadows, D. H. et al. 1972. *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la Humanidad*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mezzadra, S. 2005. *Derecho de fuga: Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Miller, P. y Rose, N. 2008. *Governing the Present. Administering Economic, Social and Personal Life*. Cambridge: Polity Press.
- Moulian, T. 2001. *Chile. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.
- PNUD. 1998. *Las paradojas de la modernización. Informe sobre Desarrollo Humano en Chile*. Santiago de Chile: PNUD.
- PNUD. 2002. *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago de Chile: PNUD.
- PNUD. 2012. *Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo en Chile*. Santiago de Chile: PNUD.
- PNUD. 2014. *Auditoría a la democracia chilena*. Santiago de Chile: PNUD.

- Ocampo, J. A. 2004. *América Latina y el Caribe en la era global*. Bogotá: CEPAL-Alfaomega.
- Preda, A. 2009. *Framing finance: The boundaries of Markets and Modern Capitalism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rendueles, C. 2013. *Sociofobia*. Madrid: Capitán Swing.
- Rodríguez, R. 2016. Capital Humano (101-124). En Estupiñán, M. (ed.) *El ABC del neoliberalismo*. Viña del Mar: Communes.
- Sader, E. 2008. *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones CTA
- Sokol, R. 2009. *Relating to Environments: a New Look at Umwelt*. USA: Information Age Publishing.
- Svampa, M. 2013. Consenso de los Commodities y lenguajes de valoración en América Latina. Disponible en: [http://www.unesco.org.uy/shs/red-bioetica/fileadmin/shs/redbioetica/Consenso\\_de\\_Commodities.pdf](http://www.unesco.org.uy/shs/red-bioetica/fileadmin/shs/redbioetica/Consenso_de_Commodities.pdf) [9 de febrero de 2018]
- Tarde, G. 2006. *Monadología y sociología*. Buenos Aires: Cactus.
- Torche, F. 2005. Unequal but Fluid: Social Mobility in Chile in Comparative Perspective. *American Sociological Review* 70(3), 422-450
- Touraine, A. 1989. *Política y sociedad en América Latina*. Madrid: Espasa.
- Touraine, A. 1997. *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Virno, P. 2013. *Y así sucesivamente, al infinito. Lógica y antropología*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- WWF. 2012. *Living Planet Report. Biodiversity, Biocapacity and Better Choices*. Switzerland: WWF International.